

OLIVERO

F r a g m e n t o s

4

José María Vellibre Vargas

**A S I N A C E
UN ÍMPOSTOR,
PROBABLEMENTE**

**Ilustraciones de Francisco Bosch,
Rafael Gómez y Manuel Jarillo**

A Francisco Nieva.

Separata del nº 14 de
OLVIDOS DE GRANADA

LADY MACBETH.—No veais en ésto, nobles pares, sino una cosa habitual.

W.SH.

1

Normal: iba conociendo las cosas e iba, a la par, conociendo los nombres de las cosas. No obstante, alguna vez, podía ocurrir que le alcanzara el conocimiento de algo sin que le fuese revelada la palabra que —con precisión— debe representarlo. Estas situaciones le resultaban a Octavio (fam. Vito) en extremo irritantes. Tanto como el bloqueo en que, invariablemente, lo sumían y del que, en ocasiones, no lograba liberarse sino después de varios —y eternos— días: de todos, en realidad, los que necesitase para conseguir un acuerdo entre esa cosa y una palabra que satisfactoriamente la designara. Así le ocurrió, por ejemplo —y es sólo un ejemplo—, con lo que acabó llamándose “voltímetro” o —más comúnmente— “elevador”, tecnicismos que llegó a conocer por boca autorizada del perito que, llamado en urgencia de catástrofe, vino a poner fin al pandemónium de humos, chuscos chasquidos, griterío familiar salpicado de amenazas y algún que otro bofetón de parte de madre que había provocado su compulsiva manipulación de “aquel odioso chisme de la radio” cuya denominación correcta había desesperado ya de obtener por métodos más académicos.

Con todo, no agotaba tan infausta situación el mundo de sus perplejidades en este campo. Podía ocurrir asimismo que le sorprendieran términos cuya intención de nombre desconociese. Impelido se sentía Vito también en estos casos a la indagación que procediera. Pero de ordinario no era ésta una tarea que le resultara molesta, pues si bien era cierto que podía deshacerse con rápida facilidad de la incógnita acudiendo al diccionario, prefería, sin embargo, abandonarse —en alas de sugerencias y resonancias— al asalto de su ágil fantasía. Así, por ejemplo —y es sólo un ejemplo—, le había ocurrido recientemente con “aljojifa”, extraño vocablo cuyo misterio le acompañó el tiempo suficiente para incrustar en él todo un sueño cargado de bellas y cautivas odaliscas, poderosos sultanes y mundos portentosos que desbordaban dátiles, intrigas, exóticos aromas y un sinfín de “fúlgidas gemas” que —día aciago— se ahogaron en el cubo de fregar.

No era el fútbol, precisamente, lo suyo. Se podía decir, incluso, que no le gustaba; o mejor, que lo detestaba: ¡cómo odiaba, en realidad, ese necio e inevitable deporte contra cuya práctica obsesiva nada habían podido sus estrategias de disuasión, a caballo entre la desmitificación inteligente y el jocosos desprestigio!

Así las cosas, cada día y a la misma hora, tenía que arriesgar su liderazgo al acoso de puyas, bromas pesadas y, de su parte, radicales dudas, pues si bien se guardaba de confesarlo, jamás había logrado ni retener el reglamento de tal juego, lo que lo incapacitaba hasta para arbitrar (¡ay, cuántas veces había deseado estrangular a Juanjo, aquel gordito repugnante, untuoso, abofeteable, sabihondo...: aquella víbora adiposa!). Hubo, en consecuencia, de inventarse un sofisticado aparato de tareas “cualificadas” que le garantizara el control de papeles ajenos al tráfico de rivalidades: se atribuyó el encargo del botiquín que, por cierto, jamás hubo de usarse; y menos mal, pues tras su pesada aparatosidad, nunca se ocultó más de una desmirriada venda, séptica en grado sumo, y un par de caducadas “okales”, cuyo peculiar traqueteo, al chocar contra las arruinadas tablas cuando Vito corría con aquella parodia sanitaria a cuestras, tan ridículamente familiar le acabó resultando. A pesar de todo, nunca faltó a la cita tácita y constante del atardecer en el descampado. Porque sabía que cuando el cansancio del balón agotaba a los otros, llegaba —vibrante, estelar— la hora de lo suyo.

Lo suyo era “el triunfo de la luz”: el rutilante riesgo de la inteligencia, el chispeante ingenio, la inventiva inagotable, el holgado dominio de lo verídico y sus difíciles fronteras con la mentira: “Yo no miento. Invento”, acabó siendo la defensa que acuñara frente a la acusación de embustero que, en indignada explosión, solían hacerle sus amigos, impotentes ante el inagotable e imprevisible arsenal dialéctico de Vito.

En resumidas cuentas, se puede decir que las tareas que llegó a asumir como propias e innegociables eran las de:

a) Contar las películas: en este campo llegó a disponer de una magistral técnica narrativa que, a juicio de muchos, mejoraba el modelo original porque salvaba sus deficiencias con un sin par despliegue de brillantes detalles y acertados soportes onomatopéyicos.

b) Narrar historias “verídicas” de los “tiempos antiguos” anudando, en forma sublime, rumores, datos y noticias expoliados a tíos, abuelos, vecinos y criadas. Preciso es destacar el acendrado oficio que había conseguido en este terreno para producir el necesario estupor, la sorpresa que garantiza el mantenimiento de la atención del auditorio. Según había aprendido a intuir, provocaba un oportuno

distanciamiento “histórico”, salpicando para ello la relación de los hechos con sorprendentes noticias sobre diferencias de precios o estimaciones morales de idénticos objetos o costumbres: “entonces costaba...”, “se estilaba entonces...”, etc., etc.

c) Realizar insuperables redacciones escolares, parcela en la que, por exigencias mínimas de justicia, tenía la consideración ejemplar de “fuera de concurso”. Nadie como él sabía llenar aquellas líricas composiciones —cualquiera que fuese el tema— de “alegres riachuelos de cantarinas aguas” que —invariables— corrían “en incierta luz de atardecer” en busca del “manriqueño mar”.

d) Asimismo —y por necesitar que su público habitual no se estancara y lo siguiera en su imparable progreso personal—, acabó definiendo también como suya una labor cuya naturaleza no conseguía clasificar, pues, participando un poco de todas las antes vistas, contenía un ingrediente diferencial y muy destacado de algo así como misión educativa. Consistía, en puridad, en acercar a aquellas cabezas alguna seria “información científica”. Así, sin ir más lejos, por ejemplo —y es sólo un ejemplo—, la tarde de autos les aportó un raro dato sobre un tema cuyo seguro éxito y acogida excelente deploraba en sus amigos, tan indiferentes, en cambio, ante asuntos de mayor trascendencia como el teológico o el patriótico, condenados siempre al bostezo o a la chufleta. Lo cierto es que en tal ocasión esa afición desviada vino a ser, por una vez, un recurso favorable que alivió la opresión que había generado la actitud tan especial de Vito, que a punto estuvo —según veremos en su momento— de desencadenar una rebelión de terribles consecuencias. Fue el caso, concretamente, de poder informarles de que hacerse una paja también se podía decir “masturbarse”, con lo que —más allá, incluso, de lo previsible— provocó un excitado asombro rayano en el espasmo. Tuvo que vencer resistencias e incredulidades revelando fuentes, justificando y documentando detalles, etc. Y, sobre todo, tuvo que repetir mil veces el “cientifismo” hasta lograr que la nueva palabra se instalara en Pepín Lomeña, del que, por cierto, no alcanzaba a comprender la constancia e intensidad de la atracción que sobre él ejercía, dado el poderoso contraste con su recia torpeza en asuntos del entendimiento.

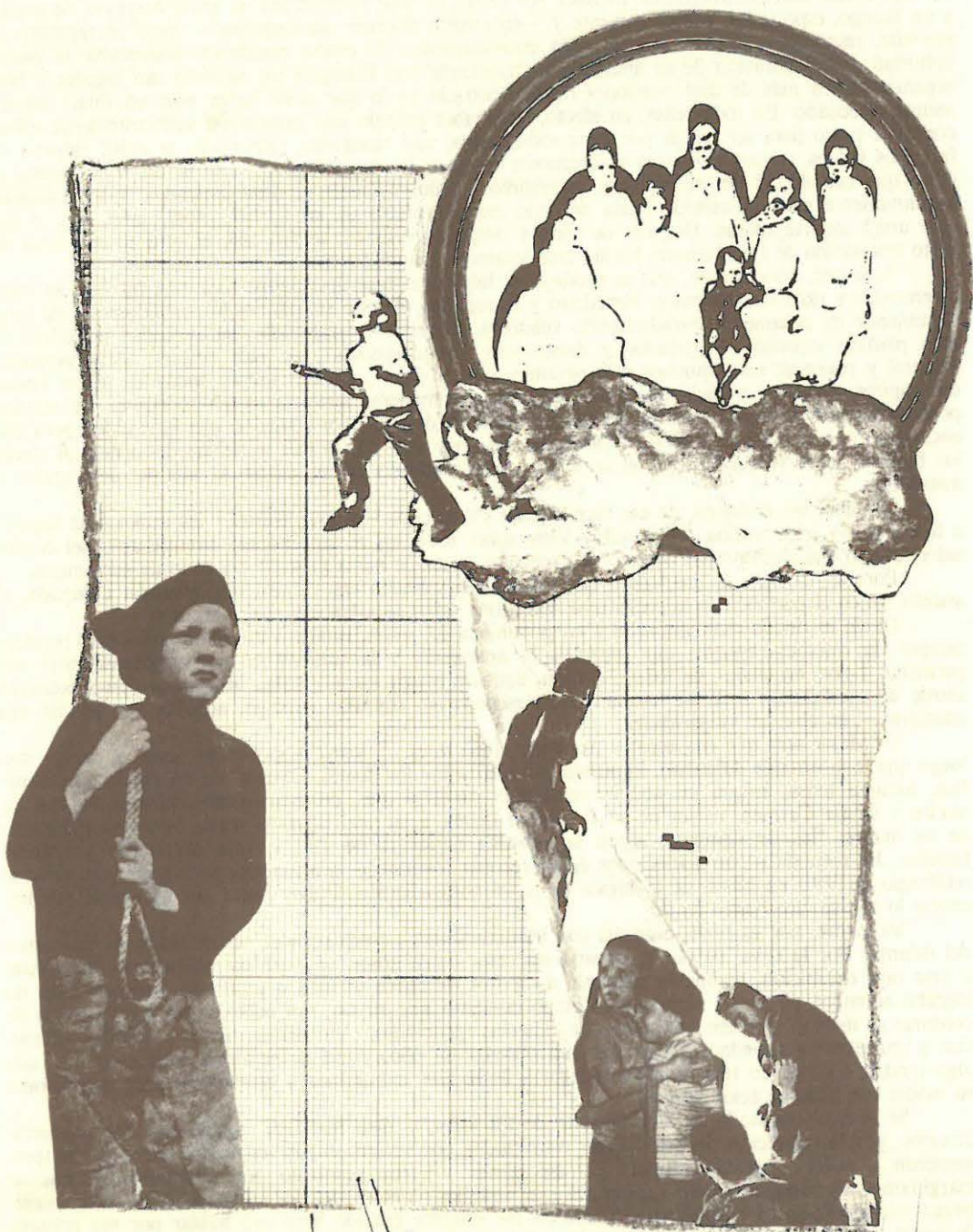
Sea como fuere, mereció la pena el esfuerzo, si se atiende al éxito clamoroso que le reportó. Hasta el punto de que no faltó quien —en delirio de chanzas— propusiera verificar la extraña sinonimia. La propuesta de práctica se habría impuesto de no haber mediado el poderoso magnetismo del enigma del afiler.

2

También en esta ocasión había conseguido su madre deslizarse como razón atinada un cálculo de personal conveniencia: las reuniones familiares aquéllas tendrían lugar, finalmente, en su casa, en el salón grande. Según su principal argumento —que, de paso, situaba la guerra en campos de su dominio—, era la única habitación que podía albergar con holgura unos encuentros que se anunciaban largos y, desde luego, muy concurridos. Se trataba —y eso sí que era cierto— de una pieza enorme, destartada y que, tenida por espacio noble, casi nunca se usaba. Su peculiar abigarramiento de aluvión la convertía en una especie de museo de sí misma, otorgándole un aspecto entre solemne y macabro que a Vito le evocaba aires de sacristía antigua y viejo teatro abandonado. Quizás por ello, sobre todo, había acogido su designación con notable entusiasmo, pareciéndole que la desportillada pomposidad de aquel ambiente convenía a la severidad de un luto riguroso.

Por encima, además, de cualquier otra consideración, lo fundamental era que esa elección le favorecía, pues gracias a ella —y resignados los adultos desde siempre a su presencia inevitable— podría asistir a la partición de los bienes muebles de su abuelo Diego. Su reciente defunción era, en efecto —aunque ya casi olvidada por la acción de sus propias consecuencias—, la verdadera causa de aquel arrollador tropel de acontecimientos que estaban viviendo.

Todo había empezado con una agonía que, al decir de los más entendidos, había sido singularmente lenta: “agotadora”. Con ella se inauguró un denso trasiego de médicos, familiares y curas que, circunspectos, se cedían los turnos con saludos apagados: “no hay nada que hacer”; “Dios lo acoja en su Gloria” y otras cosas así o parecidas musitaban al cruzarse. Vito, presa de un doloroso desconcierto, los veía circular por un túnel de rumores monótonos que se mezclaban y confundían con el eco de los rezos de unas visitas que acabaron siendo más que tenaces. Era como un relevo sin tregua de mujeres enlutadas que sólo interrumpían su rosario eterno para suspirar con amargura huecas experiencias de sufrimientos. Daban, de verdad, la impresión de estar en la antesala de un reñido concurso de méritos. Al mismo tiempo —y como en permiso de la general congoja—, las criadas se dedicaban a un eficaz ir y venir que tenía siempre a punto todo lo necesario. Ultimaban, a la par, los preparativos del luto inminente mientras charlotaban en la cocina con alguna de las mujeres aquéllas tan sigilosas y raras que vinieron a oficial de expertas en trámites fúnebres. Formaban éstas un grupo reducido, escurridizo y oscuro que tenía a Vito literalmente turulado. A pesar, por demás, del gran interés que en ello puso, nunca logró averiguar siquiera si eran dos o tres; o, incluso, más; o quizás, tan sólo una que estuviera dotada de una ubicuidad portentosa. Sin saber, no obstante, tampoco la razón, cuando reflexionaba sobre su misterio, se las representaba siendo tres: tres mujeres idénticas y distintas. Tres brujas alunadas y poderosas que estaban siempre en todas partes, aparecían



—con la misma frecuencia— por todos lados y —dato realmente curioso, intrigante— comisqueaban de manera informal aunque incesante. Enjutas, nerviosas y de gestos escasos y angulosos, mostraban una altivez nada común y, ostentosamente, se mostraban ajenas a todo lo que no fuera un pañuelo blanco y enorme que cuidaban con exagerado esmero, y el detalle o noticia más nimios sobre el estado del moribundo cuyo último suspiro acechaban con un anhelo realmente impúdico.

Protagonistas, secundarios, característicos, comparsa, coros... Al haberse dilatado tanto aquella espera, lo que empezó siendo aglomeración con visos de algazara, se convirtió en montaje complejo y muy de mérito que acabó por adquirir consistencia de representación grandiosa e impecable. Vito, amante sobre todas las cosas de la teatralidad y corrección estética de gestos, modos y formas, se había entregado sin reservas a la fascinación de tan vibrante parafernalia. Percibía, asimismo, con claridad que todo aquello le estaba influyendo y modificando en la medida en que cargaba de razón sus tendencias más extravagantes. Incluso, por cierto, las más sospechosas de grave extravío. Se sentía, a un tiempo, espectador, crítico exigente y —en cuanto doliente consanguíneo— parte protagonista y, por ello, responsable. Cada vez más —en consecuencia— le estaba resultando lamentable la escasa voluntad de colaboración de su abuelo que amenazaba con malograr un esfuerzo tan ingente y bien organizado. En más de diez ocasiones había frustrado ya lo que pudo haber sido un final, cuando menos, adecuado. En todas ellas, en efecto, tras haber emitido una exhalación suficientemente sobrecogedora como para ser tenida por expiración, había, casi enseguida, reanudado su inútil empeño de fatigosos jadeos, roncós estertores y espantosas muecas. Tanto se llegó, de este modo, a desesperar el óbito que cuando, al fin, se produjo, sorprendió a todos dispersos y desorganizados; y a su abuelo, absolutamente solo: desasistido hasta del celo inquebrantable de las (¿tres?, ¿dos?, ¿aún más, o tan sólo una?) amortajadoras. Después de todo y después de tanto, se fue, así, al otro mundo con un gesto histriónico de zigzagueante burla verdaderamente impresentable.

Una vez, no obstante, que se produjo, el fatal desenlace desbloqueó toda una retahila de raras ceremonias y ritos consecuentes: inmediato y estrepitoso plañido simultaneado con la puesta de luto. Combinado de pésames y multitudinario velatorio. Entierro —espléndido: “suntuoso”— precedido de otro plañido especial, desgarrador y desgarrado: “de despedida”, en esta ocasión. Más pésames. Funeral y pésames: más, muchos más pésames aún; y visitas, muchas visitas: todas las tardes visitas de suspiros, abanicos y nada que decir. De diez mil maneras distintas oyó Vito contar las mismas pocas cosas que se fueron —en tal proceso— vaciando de cualquier conexión con la realidad para irse encarnando en materia de sueños y ficciones. En poco más de un mes se habían desterrado al olvido los hábitos de la vida normal y él se sentía como flotando en un pasmo la mar de confortable e instructivo.

Al cabo, sin embargo, de ese tiempo eran ya muchos —y muy claros— los indicios de regreso a la huraña y triste rutina. Lo percibía Vito, sobre todo, en el agotamiento irremediable del encantador respeto que, durante ese periodo de excepción, tanto le había gustado del trato de sus amigos.

Por eso, cuando la asechanza de mediocridad y hastío era ya casi una invasión cumplida, el asunto ése de la partición se le presentaba como una tabla de salvación muy oportuna.

Desde el rincón más ignorado y en penumbra del salón, estaba Vito conociendo, con perplejo estupor, la distancia enorme que separaba la apariencia y la realidad en las relaciones entre sus parientes. Lejos, en efecto, de toda previsión, aquellas reuniones que había imaginado como exquisito alarde de cordialidad, estaban resultando un escandaloso tumulto, pródigo, además —y preciso era admitirlo—, en chuscas vulgaridades.

—“Mejor será que empecemos haciendo cinco lotes...”, logró proponer su padre el primer día, luego que, con notable dificultad, impusiera su grito sobre los demás. Obtuvo, de ese modo, una benéfica, aunque tensa, tregua en aquel vociferante estrépito que, destacadamente, protagonizaban su madre y su tía Carmen, mujer de su tío Pedro quien, a su vez, figuraba como hermano predilecto de su madre: “las de siempre”, según la apostilla regañona de Tití, la tata centenaria y oráculo familiar. La rotundidad sin apelaciones de su reconocimiento de la situación contribuía, aún más, al naufragio de Vito en busca de la lógica de tanta contradicción. Pulverizados sus esquemas previos, estaba lo que se dice hecho un lío.

Su madre, por su parte, esgrimía con indiscriminada y terca pesadez su condición de hija única del difunto. Por la suya, su tía, se debatía sin cesar entre gritos de extrañas resonancias ondulantes y una rara exhibición, realmente obscena, de gestos de pobre víctima a punto de vomitar. Vito no lograba entender tal y tan repugnante comportamiento que su tío, tan calvo y tan mayor, lejos de censurar o, incluso, prohibir, alentaba con ridículas atenciones, elementales mimos y veladas referencias a una extraña novedad. Así es que, por ordenar un poco aquel desbarajuste, concluyó Vito que algo tendría que ver en todo aquello la lagarta de la que, simultánea y estentóreamente murmuraba su madre con aires de ácida parodia.

Se aceptó, con todo, la idea paterna de los lotes, si bien matizada, según dictados consuetudinarios, por la condición de que fueran distribuidos por sorteo, cuyos resultados todos se comprometieron a acatar. Alguien propuso en ese punto —y fue aprobado por unanimidad— que se marginaran, no obstante, de los riesgos del azar aquellos objetos que, por su excepcional valor, merecieran consideración individualizada. Y fue en ese instante cuando Vito oyó hablar por vez primera de aquel valioso y “único” alfiler de corbata (“de lazo”, según insistía su madre) que remataba una preciosa mosca conformada por minúsculos brillantes y un par de “magníficos” rubies. Fue precisamente el toque de distinción que aportaba ese hallazgo lo que le permitió un respiro en las sospechas de ordinariez común de su familia a que lo estaba arrastrando, inevitablemente, todo aquel lamentable espectáculo.

Evidentemente, Vito no guardaba para sí la información a que estaba teniendo acceso. Al ser, por razones de edad, el único miembro de su familia liberado de la feroz disciplina del luto, podía salir por las tardes a darse “una vueltecita”, que le permitía tener a sus amigos al corriente de lo que iba ocurriendo: que si a su pobre tía Carmen la estaba chupando una lagarta de una especie tan rara que hasta para los mejores científicos representaba una novedad...; que si su abuelo era un aristócrata que había renunciado a sus títulos por amor hacia una plebeya...; que si se había descubierto un alfiler “de lazo” que delataba los orígenes nobles de su abuelo..., etc., etc. En fin, todo, absolutamente, se lo contaba a sus amigos. Pero —como resulta obvio—, desde que surgió su noticia, el protagonismo de los hechos se concentró en aquel rico y emblemático alfiler. Es más: en su torno, empezó a tejer Vito una rica historia de magias, intrigas y extraños poderes ocultos que acabó provocando en sus amigos una necesidad imperiosa de ver aquel portentoso “talismán”. No resultará extraño, entonces, entender que Vito se sintiera obligado a prometer que si, finalmente, se decidía que su propiedad pasaba a su madre, lo llevaría una tarde al descampado: “cueste lo que cueste”, había —heroico— dicho.

Siguieron pasando días y reuniones más o menos rutinarios dentro de la ferocidad del orden establecido. Su madre y su tía Carmen figuraban ya, a esas alturas, como reconocidos adalides de sendas corrientes de opinión e intenciones claramente definidas y enfrentadas.

Y así —y en comparsa de exaltados sobresaltos que, pendulares, oscilaban entre el más encendido ánimo y el más amargo y magro desaliento—, Vito vio llegar, al fin, el gran día. Se iba, en efecto, a decidir en ese encuentro el nuevo propietario del alfiler sin par, de la preciosa y noble joya. Indescriptible: indescriptible fue, en efecto, todo lo que entonces se vio, pasó y hubo de oírse; y baste con decir que allí murieron hasta las intenciones más pálidas de guardar las apariencias.

Por fortuna, su padre —cuya medida, por otra parte, en aquellos episodios desquiciaba a Vito por más que ante sus amigos la ponderara como signo evidente de buena educación— había conseguido que se aceptara el juicioso arbitrio de Don Nicolás Noblete de Santosripios, hombre de paz y notario de reconocida honestidad y mejor pericia. Vino, en efecto, Don Nicolás como “amigo de siempre” de la familia a poner su experiencia de conflictos al servicio de la mejor solución del espinoso asunto. Y fue, realmente, de gran valor su intervención, que atribuyó a la madre de Vito, por razón de su probado desvelo en la atención de la persona del “causante”, un —según dijo— “derecho moral de tanteo”. Pudo así la terca Doña Lola optar —previa renuncia a otros bienes de menor cuantía— por la propiedad del alfiler. Y optó. Y nadie percibió el espectacular suspiro de alivio que, en ese momento, emitió Vito: a punto estuvo de prorrumpir en vítores y aplausos.

Quedó de esta forma zanjado el tortuoso capítulo de la partición. Sus resultados, asimismo, fueron confirmados —a petición de Don Nicolás— con un acto de reconciliación entre su tía Carmen —que, resoplando oscuros vahidos, anunciaba un probable malogro de la “novedad” (“la muerte de la lagarta”, según entendió y contó Vito a sus amigos)— y su madre, que se mostraba en radiante actitud de matrona triunfadora. A ruegos, por demás, de todos los presentes sellaron tan anémica paz con un abrazo y dos besos que —bien lo percibió Vito— despidieron chispas y fueron claro presagio de la relación metálica y punzante en que vino a dar —desde entonces— el parentesco.

De cualquier modo, lo más importante estaba ya definitivamente claro y resuelto de parte de los intereses de Vito: el alfiler —en su magnífico estuche “como de mármol”— pasó a engrosar el caudal de joyas que su madre guardaba en un cajón del ropero de su dormitorio cuya exacta localización sólo ella sabía. ¡Bueno!: ella y Vito, cuyas famosas aptitudes registradores conocían... sólo a medias.

3

“El trece o nunca”, se dijo con la gravedad que exige una consigna.

Aunque, a ráfagas, prefiriera ignorarlo, sabía muy bien que, en todo el año, el de Santa Clementina era el único día en que con seguridad su casa se quedaba sola del todo.

“Sólo ese día”, se repetía preocupado. ¡Sólo ese día y sólo faltaban cinco! Ese día, sí. Con toda seguridad y por encima de todo. Ya se había hablado del tema y había quedado despejada una sombra de duda por lo reciente de la muerte de su abuelo. No se trataba de una fiesta sino de una especie de rito familiar con el que había que cumplir. Había que ir. Todos —y bien tajante había sido su padre durante el almuerzo— tenían que ir, también ese año, a casa de su tía Clementina, hermana única de su padre, a cumplir con esa inveterada tradición que ella había heredado de su difunta madre, quien, a su vez, la había heredado de la suya y ésta, asimismo, de la suya...: Clementinas todas.

“¡Sólo faltan cinco días...!”, se repetía asustado y sintiendo cómo lo mareaba el vértigo de una febril excitación. Desde luego no iba a resultar fácil, pero no había más remedio, aunque... Eran muchos los factores a controlar y tenían —“¡todos!”— que funcionar a la perfección, “como una maquinaria de relojería”.

El montaje era, desde luego, muy complejo y de una envergadura que habría desanimado al más osado, pero, sin que pudiera evitarlo, era ése el tipo de reto que más le atraía. Le multiplicaba las fuerzas, lo “vi-vi-fi-ca-ba”: “...unas anginas bastarán... La víspera, claro. No: secantes mojados en los pies, no. Demasiado espectacular. Se notaría; o mi madre se empeñaría en quedarse conmigo. Sería su mejor coartada... Bastará con que frote el termómetro. Antes de levantarme lo digo y, así, con una manta. Sí, frotando con una manta, subirá la temperatura, pero...: fiebre, sí, pero no demasiada... ¡Anda, las llaves! Tendré que estar muy, pero que muy atento... ¡Bueno, como va con mi padre que tiene las llaves de las dos puertas, se dejará el llavero. Y Titi también tiene llaves... pero...”.

Tras cinco días de intensidad agotadora, llegó la fecha tan temida y ansiada. Para entonces, lo que en origen fue un deseo personal irresistible, funcionaba ya en Vito como una obligación, un cometido irrenunciable cuyos excelsos fines de servicio había aniquilado cierta y antipática mala conciencia que en algún momento estuvo a punto de desmoralizar su decisión. La desechó, no obstante, como tentaciones claras de la pereza.

Y como —según bien se sabe— contra la pereza nada mejor que la diligencia, con aplicación ejemplar se dedicó a desbrozar dificultades y resolver obstáculos que, por cierto, ni pocos ni de menor cuantía habían sido, estaban siendo o eran los que aún quedaban por superar. No conseguían, sin embargo, arredrarlo, sino todo lo contrario. Altísima, en efecto, su moral de combate y victoria gracias al concurso del mencionado estímulo altruista, había incorporado al mismo —al hilo de la acción— un poderoso incentivo. Se trataba de la idea insensata de la salvación por el acopio de méritos. Engolfado en la contabilidad de esa nómina de avales, no debe extrañar que incluso agradeciera la aparición de “problemillas” que, con su solución, lo acercaban a la garantía de éxito o, en su defecto, de capacidad para reclamar.

No parecía que estuviese “la vida” por desairarlo, dado el sinfín de pruebas que, sobre las previstas, iba alzando en su camino. Así, ya en la misma mañana del día de autos, muy temprano y en ayunas, tuvo que afrontar un rico purgatorio que lo redimió con creces de la mentira de su enfermedad. Con un apetito desaforado por la dieta se vio obligado a combatir los fantasmas mórbidos predilectos de sus cuidadores. Había tenido, así y en primer lugar, que navegar las arcadas que le produjo una cucharada sopera de aceite crudo prescrita por su madre en su cruzada fanática contra las lombrices que, según ella, siempre —“digan lo que digan”— tenían la culpa de todo. Y no se había repuesto aún de tan repelente agresión cuando le tocó el turno a Titi y su obsesión preventiva de la bronquitis. Se vio sometido —“porque nunca se sabe, ésto siempre limpia y tú hazme caso a mí que más sabe el diablo...”— al agobio de inhalaciones de vapores de eucalipto: durante media hora se vio encerrado en los húmedos límites de una toalla enorme y sin otro paisaje que la boca vaporosa de una gran olla.

Y todo esto sin contar con la aportación de Don Antonio Cimagro, médico de cabecera de la familia que, la víspera, había venido a visitarlo en cuanto cundió la alarma de la fiebre inoportuna. Era una bellísima persona Don Antonio, pero con la inalterable manía de equivocarse en el diagnóstico a beneficio de los jarabes más repugnantes, administrados en pautas que, invariablemente, interrumpían el sueño nocturno. También él —tan alejado de criterios de ciencia— parecía partidario de la teoría del triunfo por el sufrimiento.

Llegó de esta manera al mediodía con la convicción profunda de merecer un premio dándole vueltas en una cabeza mareada, con un catálogo exhaustivo de estragos en la boca y una laxitud general que apuntalaba su certeza de que en aquella casa ponerse enfermo era arriesgarse a morir equivocadamente.

Cuando parecía, además, que ya el camino estaría, al fin, expedito, surgió una última contrariedad que a punto estuvo de arruinar todo el proyecto. Se solucionó, no obstante, pronto y muy bien. Y su madre —en realidad tan reacia a una tarde de sometimientos—, tuvo que deponer, víctima de una orden conyugal inapelable, su desesperada estrategia para quedarse a cuidarlo.

4

A las cinco en punto, según lo convenido, estaba Vito en el descampado. Dentro del Botiquín, el lujoso estuche. Y dentro del estuche, el codiciado alfiler.

Una vez allí, sin embargo —palpitantes las sienes y frío atenazante en los huesos—, una súbita cobardía le aconsejó retirarse. Mas cuando iba a regresar a su casa y a la cama pues, ahora de veras, se sentía seriamente enfermo, empezaron a llegar, cargados de innecesario sigilo, sus amigos. Y he aquí que, justamente cuando lo menos malo que estaba temiendo era morir, y lo peor —y más probable—, que prorrumpiera en degradantes cascadas de descomposiciones y/o llantinas incontralables, sucedió algo realmente magnífico. Algo que —sin opinión, antecedente o aviso— le supo a magia y a milagro. Algo, en definitiva, sorprendente: se tranquilizó. Y no de un modo normal. En absoluto. Se conoció, por el contrario y por primera vez en su experiencia, deshabitado por la molesta inquietud que —de día y de noche, en sueños y en vigilia, en buenos o en malos o en regulares momentos— lo acompañaba: ese desasosiego pegajoso, quisquilloso, censor a cuya escolta proverbial,



sin acostumbrarse, estaba resignado por considerarla ya un dato inseparable del hecho de estar vivo, una secuela —en suma— del pecado original. La peor, sin duda, en la valoración de Vito.

Nada, entonces, podía coincidir mejor con la materia más radiante de sus sueños que verse liberado de esa ansiedad perenne. Pues bien, allí y sin más trámite el peaje que un repente inesperado, se vio más allá de su tiránico dominio. Esa comezón, en efecto, había desaparecido. Y desapareció radicalmente, inexistente —durante un buen rato, al menos— hasta la conciencia de la desaparición misma. Un caso, en definitiva, de perfecta ausencia; y su producto, una estancia impagable en la plenitud, (1).

—“¿Dónde se habrá metido el gordinflón!”, oyó exclamar a una voz airada.

Devuelta escasamente su atención al entorno desde su Babia de prodigios, vio Vito —en un conjunto de múltiples cabezas e idéntica expresión bobalicona— a sus amigos. Les sonrió con dulzura de “transportado”. ¡Qué desvalidos, qué elementales, qué ignorantes...! qué niños eran! En justa función de esponja, se dejó empapar por una ternura ingrátida que lo elevó hasta el más no poder de la emoción. Enfermo de paternalismo, sintió lástima y los quiso; y, por quererlos, quiso protegerlos, sabiéndose con capacidad de sobras para prestar el socorro que fuera necesario.

Esa certeza, precisamente, comenzó a destilar unos flujos placenteros que, vertiéndose con una nitidez incluso sonora sobre aquel primer nivel de aséptica serenidad, lo llenaron hasta el desbordamiento. Se sintió seguro. Plenamente.

(1) Un objeto de obsesión es lo que era para Vito la deficiente respuesta del organismo en que esa minusvalía, en definitiva, se concreta. Muy harto estaba ya, en efecto, de su fatal cuota de compañía que sí, a veces, desde un primer momento arrasaba —con sus amenazas de desajustes— algunos de sus proyectos, siempre, desde luego, empobrecía el placer y los rendimientos de sus acciones.

Peor aún, si cabe, era cuando en momentos sombríos, lo tentaba la duda crepuscular de que no se tratase de una lacra humana sino de un defecto sólo suyo. Rara vez, desde luego —al margen de la jaqueca de su madre o lo de las articulaciones de Titi—, oía alguna queja relativa a ese tema y, por supuesto, nunca a sus amigos. Sería —pensaba— en ese caso algo así como un freno de ese Dios Padre con barbas gigantescas e imponente dedo acusatorio que en su catecismo asomaba por un triángulo almohadillado un gesto “infinitamente” contrariado de “¡te pillé!”. Un caso, en definitiva, como el del castigo de los ángeles, capítulo de la “Historia Sagrada” que le interesaba sobremanera. Rozando peligrosamente —y como a hurtadillas— terreno de pecado, pensar en este episodio le provocaba tremendas dudas, y acalorados sofocos. Pues, una de dos: o no se contaba todo o aquéllo era una “infinita” injusticia. Porque, qué culpa tenían aquellas criaturas admirables de ser tan listas. Resultaba, por lo menos, incomprensible que los castigara precisamente quien —advertido, además, por su “infinita” sabiduría— los había creado tan bien dotados. Estaríamos, sin duda, de haber sido como lo contaba el Padre Roncesvalles, ante un cuadro de flagrante sadismo. Con el agravante, además, de ser “infinito” por razón de su Autor. De cualquier forma, era evidente que —aunque no se atreviera ni a reconocerlo— en aquella lucha por el poder, él tomaba partido por los golpistas que, en su opinión, no habían hecho más que promocionarse. Después de todo, la plúmbea sensación de tedio que le provocaban las definiciones de Cielo e Infierno tenía sus raíces en la pereza de lirás, tridentes, paseitos por insipidas nubes y resignado tueste de sociedades ancladas en una conformidad sin fin ni protesta alguna.

Eludiendo, no obstante, aparentes divagaciones, interesa destacar que Vito pensaba mucho y con frecuencia en esas molestias impertinentes y, según parecía, inevitables. Y no sólo en ellas sino también en la posibilidad de combatirlas. Hasta el punto de que, en fantasías de acoso, había ido elaborando una relación pormenorizada en la que, según su propia experiencia, figuraban como refugios preferidos de las mismas puntos que, fundamentalmente, coincidían con:

a.—El occipital.

b.—Los dos temporales.

c.—El maxilar superior. Y

d.—(sobre todo. En momentos decisivos, previos a la máxima intervención de sus daños) el vértice de un vacío que dejaba el estómago al cohibirse por la acción del miedo o la impaciencia.

Puede resultar útil consignar que tales conclusiones no se reducían a los datos que extraía de su mera intuición. Más científico, por el contrario, Vito sometía éstos a un serio cotejo con los que aprendía en el estudio de la anatomía humana. Y, por si fuera poco, comprobaba su verosimilitud en la geografía imponente de Felipe. Con este nombre —un alias, en realidad— se conocía al polvoriento esqueleto que, montado y pendiente de un gancho herrumbroso, más que usarse, guardaban en la escuela y que, al decir de un rumor muy extendido, perteneció al que fuera alcalde rojo (“republicano” decía su padre) del pueblo. Fue tan malvado —según se decía— que, una vez capturado y ajusticiado, perdió hasta el derecho a la sepultura.

Precisamente —constataba Vito al examinarlo—, los dos agujeros (en el temporal derecho uno; y otro en el parietal izquierdo), único deterioro en toda la armadura ósea, serían el testimonio del famoso “tiro ejemplar” con que Don Roberto Bonilla, que le sucedió en la alcaldía, puso fin a la terrorífica historia de sus maldades. “Cerrando así —en la Plaza del Ayuntamiento ante el encendido clamor de toda la gente de bien— un negro capítulo de infamias, Don Roberto inauguró la era de paz que ahora disfrutamos...” ¡Qué bien, con qué emoción y precioso vocabulario contaba estas cosas la señorita Ana María, la maestra, una de tantas, “solteras por la guerra” según un dicho frecuente que Vito no lograba entender. Era, quizás, un poco seca y retraída en exceso, pero muy religiosa y, desde luego, modelo de patriotas. Una y otra vez conseguía que, al finalizar el relato, todos los niños tuviesen los ojos arrasados en lágrimas. Y ello a pesar de que siempre era el mismo e idénticas las palabras que usaba, que más que dichas parecían recitadas. No era fácil, además, que accediera a contarlos. Si lo hacía, sólo era tras mucha insistencia y —Vito lo tenía comprobado— sólo en tardes tristes de lluvia. Nunca —qué curioso— relacionaba aquellos hechos con Felipe. Es más, si se le preguntaba directamente por esa circunstancia, respondía siempre con evasivas. El sentido, en realidad, del esqueleto en aquellas historias lo había recuperado Vito aquí y allí, “atando cabos”. Según, precisamente, uno de ellos —quizás el más enigmático de la amplia colección de enigmas de Titi—, la señorita Ana María, “de jovencilla” fue “más amiga de la cuenta” del “Porquerizas”, sobrenombre que usaban los adultos para referirse al alcalde de infausta memoria.

Tal modificación llegaba a su ánimo muy oportunamente, pues le devolvía la certidumbre de sus esencias esquinosas cuando, de puro estar en el limbo, empezaba a preocuparse. Gracias a ella, ahora, si bien seguía tranquilo, ya no flotaba. Y, recobradas en lo necesario las nociones de tiempo y lugar, pudo percibir cómo desde los cimientos mismos de esa sólida seguridad surgía, expandiéndose, una clarividencia en extremo afilada: un haz de luz explosiva que hacía sistemas de un caos de materiales de la más diversa índole y procedencia y que, como si pusiera aguijón y colmillos al ángel, lo abocó a la región más diabólica del alma de Vito. No se resistió éste lo más mínimo —tan disponible como estaba su, ya de por sí ávida, curiosidad— a una tentación de emociones que se le mostraba seductora en extremo.

—“Yo no soy un niño”, musitó como quien deletrea un hallazgo. Aunque a él mismo le hubiese sorprendido su formulación, lo cierto es que le sobraban razones para justificar una afirmación tan abrupta. Razones y pruebas. Allí mismo tenía una bien palpable. En un repaso de urgencia, recorrió la memoria de su última proeza: sin dejar el menor rastro, sin errores, sin concesiones, él solo había sido capaz de planear y ejecutar una tarea de muy largo y arduo aliento. Y —tal y como había prometido— allí estaba el alfiler que lo demostraba.

Miró a sus amigos. A pesar de que, en tiempo de reloj, habría pasado sólo un rato, cansados ya de esperar a Juanjo, no cesaban de bullir y gritar: “Como peonzas”, se dijo Vito con irritación no exenta de desprecio. Daban la impresión de que no pensaban, de que se aburrían en cuanto se quedaban quietos, de que nada sabían y que, así, lo que hacían o decían era una imitación o una copia mecánicas de lo que alguien con algún prestigio —o sólo más edad— había hecho o dicho antes... Si ellos era niños, él, desde luego, no lo era. Le encantaba observar a las personas que admiraba, pero le repugnaba imitarlas sin más. Por otra parte, lo que más le gustaba era, precisamente, pensar: estarse quieto para poder pensar. Jamás se aburría; y saber, sabía mucho, muchas cosas. Unas que decía y de las que hablaba; y que eran acertadas, pues justificaban las muchas consultas que le hacían y el respeto que le tenían. Incluso los mayores. Pero es que, además, había otras... Había otras que eran distintas, ciertamente. Las tenía como secretos. Eran algo así como...: “¡claves!”, se espetó. Eran las claves para usar las anteriores. Ultimamente había venido notando que conocía más cosas de esta clase, que disponía de más claves; y mejores, pues pensaba con más agilidad y tino. Era éste, no obstante, un terreno que le resultaba extremadamente difícil de comprender y más aún —claro está— de explicárselo. Cuando, como ahora, se empeñaba en él, no podía evitar que una especie de desorden muy pesado se le agolpara en la cabeza hasta hacerle perder el hilo de sus pensamientos. Y es que...: en realidad no sabía qué era lo que estaba pensando. “¡Bueno! —suspiró—, al menos hoy se me ha ocurrido éso de que son distintas y lo de que son como claves...!”. Este reconocimiento lo animó: era un paso más, un progreso. Alentado, decidió proseguir. Intuía que era aquél un buen momento para averiguar cosas importantes: un buen momento de un día magnífico, especial. Por éso —como siempre en esas ocasiones “únicas”, sin que él mismo lo percibiera, se encogió entero: hasta el entrecejo. Aguzó todos los sentidos y, aplicando un máximo de cautela a la audacia, se dispuso a dar caza a esa ave maravillosa que tantas veces vislumbraba y que se le escapaba siempre. “A ver, ¿qué es lo que durante toda tu vida te ha producido más temor?”, se preguntó, proponiéndose un ejemplo que, muy claro, podría servirle de guía para hilvanar unas conjeturas tan escurridizas. “La muerte”, se respondió según tenía programado. “¡Y qué digo temor: pánico! Y no sólo a mí. A todo el mundo, que yo sepa”. Sin embargo a él, ahora, después de un trato directo, intenso y prolongado con ella, la muerte ya no le daba ningún miedo. Pero, ¡la seguía usando para amedrentar a sus amigos! Nunca les había ni siquiera insinuado que para él la muerte era poco más que una palabra que usaba precisamente para dar miedo y... ¡usar ese miedo en otro sentido que ya nada tenía que ver con la muerte! Y el miedo, ¿qué era “miedo” sino otra palabra...?: palabras, palabras, palabras... “O sea —continuó, invadido por un notorio regocijo—, usamos las palabras para evitar que se averigüe lo que esconden, lo que hay detrás de ellas... ¡Es magnífico! un juego complicado, inteligente... perfecto. Según se pongan, o el tono o el modo en que se digan, las mismas palabras dicen cosas y provocan efectos muy distintos...”, concluyó. Estaba fascinado. Porque, ¿qué había sido, de verdad, esa muerte con la que durante tanto tiempo había tenido a sus amigos aterrados? El sabía que poco más que un espectáculo extraordinario y un decorado enorme que, desvelados, escondían en su fondo la “clave” de una mentira atroz: una mueca y una burla. ¡Un espasmo, al fin y al cabo!, sólo que más fuerte que los otros y que..., en definitiva, había servido para que él tuviese allí aquel alfiler precioso. Y eso sí que era verdad: una bella verdad. Una verdad real que había salido de la mentira de una muerte y de todas las que él había tenido que inventar y vivir para poder traerlo... “¡Eso son las claves!”, se repetía muy excitado aunque sin poder evitar un cierto abatimiento porque no acababa de asir con claridad todo lo que sentía que podían significar esos descubrimientos alucinantes, casi definitivos. Se le escapaban cosas, estaba seguro, pero todo lo que había averiguado hasta entonces era espléndido. Y la vida era eso: un inabarcable juego de palabras, un inacabable juego de espejos y confusiones deslumbrantes: Verdad, Mentira, falsas verdades y mentiras falsas. ¡Y palabras, palabras, palabras...!: siempre las mismas y distinto todo cada vez que se quiera... ¡Basta con mover los espejos y...: todo cambia! Se puede controlar todo, aunque sea complicado, si se controla el tono, el ritmo...: si se domina las claves de la confusión. “Lo importante —se dijo mucho más seriamente— es tener el control”. Pero él, que conocía tantas claves y que —su mayor afición!— conocía tantas y tantas palabras, sus significados precisos...

Se sentía mecer y estremecer por ondas placenteras que le anunciaban un futuro más que brillante. Se abandonó a ellas y a su antojo. Se dejó arrastrar por laberintos vertiginosos que, lejos de cualquier dolor o displacer, le estaban proporcionando un viaje feliz por triunfos y portentos. Todo

aquel asombro de fértiles calidoscopios, era la culminación de un cumplido regalo a su empeño en indagaciones difíciles e intensos esfuerzos que más de un simple ridiculizaba o tomaba de apoyo de motes lamentables. ¡Qué sabrían ellos!: él, Octavio, el "Enclenque", el "Comeletras", tenía evidencias de lo improbable, estaba en posesión de un rastro cierto de lo infinito...

Con presencia de vahido y estela de fugacidad, se le impuso —en lo que sospechó como la cumbre de ese vértigo o barullo— la certeza de una boca, o una luz, o un agujero, o lo que fuera, pero —eso sí— abismal, estremecedor. Tuvo la oportunidad de detenerse, de fijar su atención en aquel raro fenómeno e indagar cuánto contenía de realidad y cuánto de ilusión engañosa. Le dio pánico, no obstante, que pudiera descubrir alguna negación de los motivos de sus exaltaciones. Más —entonces— que proseguir su itinerario aplazando aquella indagación como asunto pendiente, prefirió ignorarlo, atribuyendo la visión a un desmayo, a la fatiga razonable de andar extraviado. Algo de insatisfacción se incrustó, sin embargo, en su ánimo hasta entonces netamente glorioso, (2).

Se sintió muy fatigado de repente. Un grito, entonces; o un ruido, o un golpe de viento, recuperó su atención para la realidad más inmediata. Regresó a ella a través de un extraño estremecimiento que alivió con un suspiro inusual: muy hondo. Coincidió en ese instante su mirada con la de Pepín Lomeña que, aislado de los demás, parecía observarle y que le sonrió. Le atacó de lleno en ese instante una congoja densa y un nudo de llanto se le agarró en la garganta. Era una reacción que no entendía, que se le escapaba. "¡Claro que no soy un niño...! —balbució desde el mayor desamparo—. Nadie me ha tratado nunca como a un niño...". Sorprendido sin defensa por esta idea tan triste, sintió cómo lo hería la sensación de que su aislamiento no fuera distinción elegida, sino simple abandono, un amargo producto del rechazo: era él el indefenso, el desvalido. Con ansiedad de naufrago a punto de perderse, buscó la mirada de Pepín, que —exhibiendo en el centro de un corro la precocidad de unos biceps rotundos— ya no lo miraba: ¡sólo había sido una casualidad aquella coincidencia! A punto de chillar, hasta le crujió en el cuello la brusquedad con que se arrancó de unas emociones que empezaba a advertir como trampa de daños: escocían. A sus espaldas, en ese justo momento, acompañada por el chasquido pobre que producía una pelota de goma al botar en el piso de tierra mojada, oyó la voz repelente, gangosa, cascada, de Juanjo:

—“¿Es que no nos vas a enseñar nunca el alfiler?”

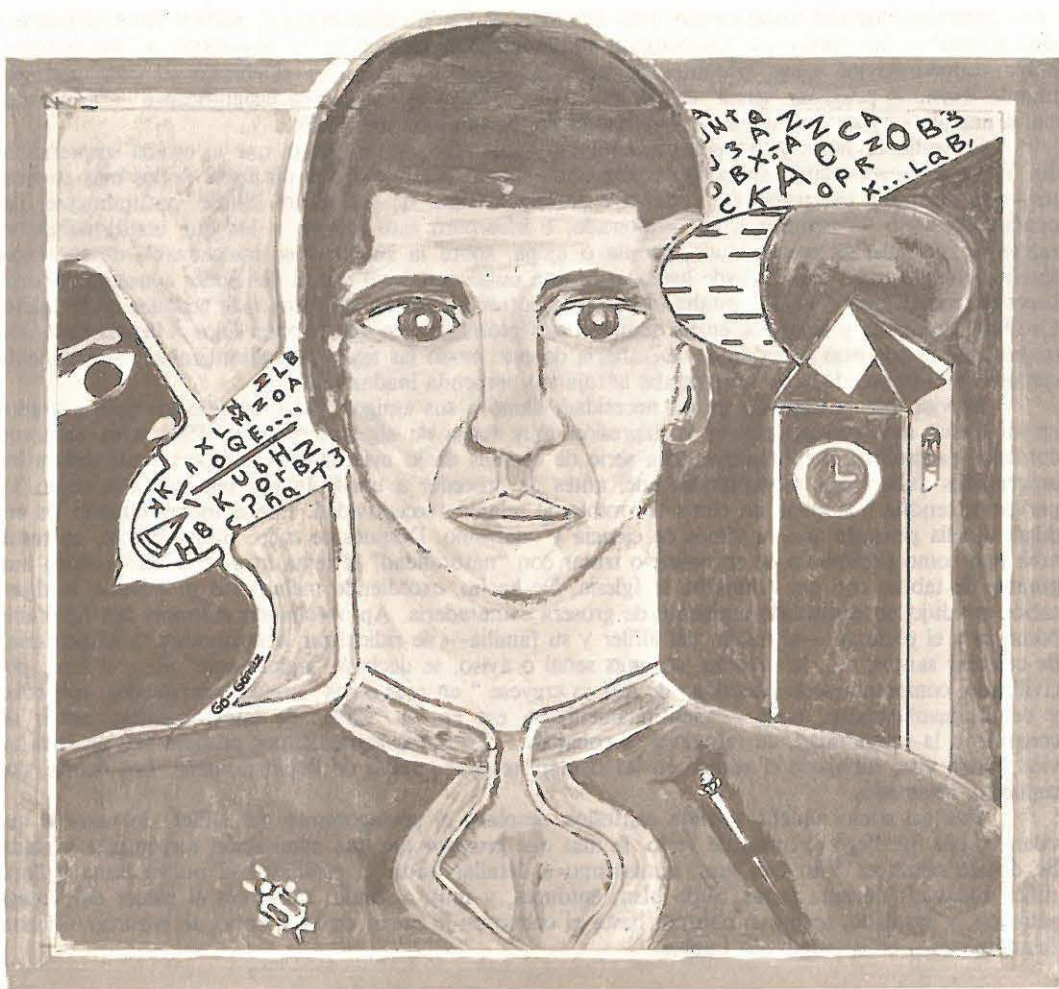
“¡Asqueroso!”, masculló Vito al tiempo que sentía cómo toda la rabia, todo el desprecio, toda la sangre posibles se le agolpaban en la cara: sobre todo, en los dientes. No obstante —y éste habría de ser siempre uno de sus mejores escudos públicos—, nada se alteró de su apariencia.

5

También con el tiempo había de ir aprendiendo Vito que si una jactancia bien medida resulta imprescindible en la brega diaria con correligionarios o en el pulso perenne con el adversario o el rival, y —desde luego, siempre— para seducir y secuestrar la fantasía del electorado, es preciso evitárla en el ámbito estricto del fuero interno: tan cierto es el riesgo de ceguera que comporta. Pero

(2) Con el tiempo, iría sabiendo que hay quienes —muy pocos— alcanzan, como él, esas raras regiones de sospechas, pero que, a diferencia de él, se enfrentan al pavor de sus posibles abismos. Sabe, asimismo, que, de ellos, la mayoría, víctimas de exceso de diferencia y desconcierto, acaban demostrando la necesidad del exterminio: cárceles, manicomios, cementerios... Pero también sabe que la ínfima minoría de aquella minoría, consigue traspasar —y, quizás, con la sola ayuda de una voluntad fascinada— las pruebas del horror a estar equivocados en su esperanza de un revés de lo posible: les resulta pobre sobrevivir. Lo que descubren, lo que llegan a ver, Octavio no lo sabe, pero siente por ellos un respeto cargado de envidia, de miedo, de recelo. Está claro que si ellos han traspasado el límite en que él se detuvo, conocen zonas que abarcan las suyas y pueden descifrar las “claves” de sus falsificaciones. Le molestan por eso, hasta la ira y el desaliento, sus opiniones, sus risas e, incluso más, sus silencios, que atribuye a desdén; a un menosprecio que lo desarma: sabe que es insuficiente —y arriesgado— responderles con una mezquindad —que, no obstante, ejerce— en la organización de subvenciones o de alguna campaña de aislamiento o desprestigio. Sabe, en efecto, que es muy poco, y que puede resultar contraproducente pues se trata de sujetos incombustibles y cada ataque, aún el más planificado y a traición, si primero parece que los hunde, acaba enriqueciendo sus respuestas. Lo sabe por experiencia: son terribles.

Mientras tanto, él, a pesar del poder que controla —que es tan grande e importante que casi satisface su ambición—, se ha de conformar con huellas borrosas y lejanas noticias de cómo son esos mundos, sin duda excelentes, a juzgar por el vaho de exquisita insolencia, de rara libertad que desprenden vidas y obras de apariencia, sin embargo, completamente inútil. Los conflictos con ellos lo desquician. Cuando piensa en ellos, se obsesiona: “porque si, por ejemplo, Shakespeare...”, le da infinitas vueltas al mismo ejemplo siempre. Inútilmente. Presente que han tocado la vida con sus dedos mientras que él, creyendo que era todo y lo más, optó por lo que, en realidad, era sólo la cáscara. En ella, justamente, se detuvo. Allí donde nosotros nos lo hemos dejado. Allí volvemos.



entonces no lo sabía. No podía saberlo pues, aunque caudalosa y clara, era su primera experiencia decidida de dominio. Por eso —y falto de destreza en maquillajes— le salió de burda tiranía.

Había, en efecto, resuelto tomar distancia de lo que, de pronto, juzgó como emboscada de la parte más débil de su espíritu: “sandeces”, había dicho con una rotundidad que aniquilaba hasta el amago de retorno a un estado de alma que reprochó, sin más contemplaciones, al cansancio. De este modo, decidió que allí sólo había una verdad, e indiscutible: su superioridad estaba demostrada. A través de ella, de inmediato, sucumbió a una agradable invasión de autocomplacencia que, enseguida, comenzó a dictarle una lista interminable de merecidos privilegios: su opción por la desmesura estaba ya muy clara.

Volvió entonces a medir —con estos metros toscos esta vez— la hazaña del alfiler, y resultó grandiosa, pues emplazado de lleno en el rito embriagador que mezcla y manipula gloria y vanagloria, acabó anotando en el saldo de sus méritos hasta lo que había sido claro concurso del azar. Una cosa, desde luego, estaba resultando en extremo evidente: en cuanto a vanidad, Vito era un sujeto insaciable.

Bien acomodado en tal paisaje, se abrió a saborear con fruición el cuerpo de un placer que sólo el poder, si se quiere, procura: el de su abuso. Y hasta olvidó —o despreció— el cumplimiento del resto de sus minuciosos planes, pues desde aquella altura, la prudencia o las horas resultaban medidas propias de gente muy común. Era desde luego, más apetecible —y adecuado a su genio— dirigir el mundo desde allí; y, de paso, inevitablemente, por lo visto, ignorar los sentimientos de los otros, “inevitablemente” humillados. Por eso —en flagrante burla de la ansiedad de sus amigos—, les comunicó que enseñaría el alfiler después de que —“como todos los días”— jugaran un partido de fútbol que, por supuesto, a nadie apetecía aquella tarde. Y, por si fuera poco, a Juanjo —mintiendo en absoluto los claros motivos del rencor— lo amenazó con no llegar siquiera a verlo en “justo” castigo a su impunidad que no le dejó explicar y a la que Vito consideraba ya culpable de sus dislates de antes.

Mientras los veía en el campo, más atentos a él y a sus gestos que al balón ("por fin, una vez desatendido"), Vito había ido traspasando el desquiciante umbral de la megalomanía. Estremecido, había concertado los sonos vibrantes de un himno que —"seguro"— celebraría su paso por este mundo. Hasta la peligrosa "gesta" del alfiler, le resultaba ya una anécdota insignificante —"preparatoria, si acaso"— en la totalidad de lo que habría de ser su gloria irrepetible.

Enmedio de tanta y tan épica solemnidad había algo, sin embargo, que lo estaba sorprendiendo. Y, desde luego, contrariando: Pepín Lomeña —como si tal cosa o el día fuese de los más corrientes—, se mostraba tan tranquilo, risueño y protector como de costumbre. Sintió, naturalmente, necesidad de verlo —"también a él"— alterado; e incorporó este motivo a los que conformaban su razón de aniquilar la menor duda, propia o ajena, sobre la superioridad inalcanzable de sus excelencias. Ningún tema mejor, desde luego, para este pulso definitivo que el del Poder consagrado como supremo por el tono del siglo: estaba dispuesto a entrar a saco en los cotos más vedados de la Iglesia Católica, Patriótica y Romana, en los templos más prohibidos en que habitan Dios y demás símbolos, mayúsculas y augustas autoridades. Desafiaría de este modo las leyes que garantizaban el imponente cerco de una impunidad que se le estaba antojando prebenda inadmisible.

Movido por la urgencia de tal necesidad, llamó a sus amigos. Pero, cuando los tuvo sentados en su torno, averiguó peligro en la expresión muy tensa de algunos de ellos. Para nada sirvieron cordiales palmaditas, o ni siquiera, una serie de bromas de lo más amable: intactos continuaban los amoratados nubarrones. Comprendió que, antes de proceder a unos ataques tan radicales como los previstos, tendría que crear un clima favorable de relajada receptividad. Fue entonces cuando les endilgó aquella perorata que ya vimos de ciencia y onanismo. Después de todo, si lamentable, no resultaba mal como preámbulo de su objetivo tratar con "naturalidad" el tema más tabú del catálogo inagotable de tabúes con que triunfaba la Iglesia. De hecho, excediendo incluso sus propósitos, la disertación produjo un distendido ambiente de grosera camaradería. Aprovechando entonces tan favorable bonanza y el pretexto —al hablar del alfiler y su familia— de ridiculizar la costumbre "rudimentaria" de celebrar santos, así, de sopetón, sin más señal o aviso, se declaró "lógicamente" ateo, si bien, por civilizado, comprendiese la necesidad de que se creyese "en esas cosas" urgidos por miedos, cobardías y demás insuficiencias, pues —"científicamente"— esa era la "clave" de tales creencias: servir de consuelo a la inferioridad, de refugio a la cobardía... ¡Lo había logrado!: por primera vez en toda su vida, había visto dibujarse el pánico en las siempre serenas pupilas de Pepín Lomeña. Los demás, por supuesto, abismados.

Fue así como aquella terrible confesión desplazó el protagonismo del alfiler, de manera que cuando, por fin, llegó el turno de verlo, lo más que provocó fue una admiración torpemente imitada. Se dedicó entonces Vito con gran entusiasmo a detallar hasta la prolijidad el nuevo tema y "más difícil todavía": durante horas. Supo bien, entonces, y muy a fondo, cómo era el placer del vértigo satánico, y enrolado, según su natural, hasta el colmo en lo mejor de lo opuesto, se encarnó —inconfesadamente— en su admirado Luzbel.

y 6

No había la menor duda: el estuche estaba vacío. Y ya lo habían registrado todo, absolutamente todo. Registrado y comprobado. Todo y a todos y hasta los matojos del descampado. El tiempo —por encima del desconcierto y el terror— había ido pasando y —ahora uno, después otro— se habían ido yendo sus amigos a sus casas y a la cena: sobrecogidos. Sólo quedaba con él Pepín Lomeña. En el frío y denso silencio de aquella noche desdichada, se oyó con nitidez amenazante el torvo augurio del reloj de Santa María: nueve, cuartos y repetición.

—“Me tengo que ir”, dijo con gravedad Pepín Lomeña.

—“¡Ya! Y me dejas sólo. Tú también” —logró articular Vito, compungido. “Después de todo lo que hago por vosotros...”, continuó, embravecido, de pronto, por la contrariedad. “Tienes miedo, ¿no? ¿Es que te van a pegar?”, añadió con agria burla.

—“Mira” —se le acercó Pepín amenazante— “¡Como me vuelvas a llamar cobarde, encima, te parto la cara, payaso, que eso es lo que eres: un payaso”. Y bajando el puño que, crispado, había estado a punto de estrellarle en las narices, se alejó refunfuñando.

Aterrado, vio Vito alejarse la imagen de Pepín en la negra espesura de la noche hasta confundirse con ella. Ya estaba solo, absolutamente sólo y amenazado por todos los daños posibles. Estragada y rígida, su imaginación no sabía aconsejarle algo que no fuera salir corriendo sin rumbo ni destino conocidos. Lloró, lloró y lloró...: “éso es lo que soy —decía— y nada más: un ridículo payaso, un “visionista” como dice mi madre, un fatuo ignorante sin remedio... Eso: una amarga cucaracha. Un vil escarabajo minúsculo y perdido en la desolación sin fin de un descampado lóbrego...” A punto estaba ya, de nuevo, de engancharse en alguna trampa urdida por su liosa retórica, cuando recordó que su madre, para casos de extravíos, aconsejaba rezar un padrenuestro a San Antonio. Así lo hizo, asustado por el pensamiento de que lo ocurrido fuera un castigo a su discurso blasfemo. Se sintió de

repente rodeado por toda una corte celestial amenazante. Hasta le pareció verla: presidida por el alma en pena de Felipe. Despavorido, sintió un intenso escalofrío. Decidió ponerse su viejo abrigo heredado que, tirado de cualquier modo, vislumbró cerca de sus pies. Lo sacudió y se lo puso. Y, al subirse las solapas, sintió el calor intenso, leve de un pinchazo...

De rodillas, viéndose ya un niño elegido para apariciones y milagros, arrasados sus ojos por las lágrimas, miró al infinito negro de la noche; y, suplicando comprensión o ayuda de aquellos seres "infinitamente buenos" que tanto y tan torpemente había denostado aquella tarde, musitó con voz entrecortada por el llanto: "Perdón... Dios mío... Piedad...". Se le cruzó, entonces, fulminante, el rostro, tan hermoso, de Pepín Lomeña, a la par, extrañamente, sereno y aterrorizado por su confesión de ateísmo. Sumido, de repente, así, en el fondo de la más patética perplejidad, dijo, o se dijo o, simplemente, murmuró: "Y ahora, ¿qué?"

Addenda

En la actualidad, Octavio (Vito ni para los amigos si los tuviera) es líder destacado —y a sólo un par de zancadillas de la cumbre— de una importante formación política. Se encarga en ella del delicado asunto de la gestión de intrigas, lo que puede dar una idea de la gran envergadura de su función y rango.

Tras muchos años de desespero en prácticas atípicas, llegó la hora de su suerte. La muerte, al fin, en su país de un dictador claro, de vida dilatada y mayores raíces, creó muchas plazas de poder, en un clima, además, muy favorable, dado el alto nivel de la adicción a ceremonias de dominio "realmente existente": toda una tradición. Inveterada.

Escapa, por supuesto —y no, desde luego, por falta de interés— al cometido de este relato, detallar la instructiva vida y sabrosos milagros de nuestro personaje. Hay, sin embargo, un dato que, especialmente sugestivo, no nos resistimos a apuntar. Informa de él —en crípticos cubículos, por supuesto— el más sutil conspirador de sus astutos colaboradores que, como es obvio, lo odia. Dice, en concreto, el tal Simeón, toda una prenda, que Octavio —"también"— tiene un tipo de momentos vulnerables —"su talón de Aquiles"— que él indaga con denuedo por si acaso. Surge esa baja forma, según dice, tan sólo en ocasión de resaca de la euforia que sigue a su éxito de producción costosa: un triunfo electoral, un ejemplar remate de alguna campaña de descomposición o de exterminio de un temido adversario o de una formación política en peligroso ascenso, etc., etc. En esas ocasiones, según parece, se empeña en un cerril "no estoy para nadie" y —desconectado hasta el ordenador central, su único aliado— no sale del despacho para nada: durante horas que pueden llegar a cumplir días. Saca —según parece—, entonces, de una caja roñosa un extraño alfiler y —nocturno hasta el estrago— lo gira y gira sin cesar mientras pronuncia palabras inconexas que el gánster de Simeón, empleando los mejores recursos de su oficio, ha logrado articular en una frase cuyo enigma no pierde la esperanza de llegar a entender. Dice así, claramente transcrita: "Y después de todo, y después de todo, y después de todo (muchas veces), ¿quién es William Shakespeare sino Lay Macbeth, Lady Macbeth, Lady Macbeth (también un número alto pero indeterminado de veces) pa-sa-da de rooos-ca?"

Si, quizás de tanto vivir encogido, Vito se configuró como arquetipo de asténicos, Pepín Lomeña lo es de los atléticos. Y como estas cosas deciden muchas veces los destinos, se casó pronto (y de "penalty") y —siendo buena persona mas no pasando demasiado de esa neutra medida— no logró definirse en labor alguna. Informado de esta situación —en un alarde de interés por la problemática social—, Octavio lo "recogió". Con él trabaja desde entonces de algo así como "valet" y recadero de todo y a cualquier hora. Pepín, por supuesto, le está ilimitadamente agradecido: por él hasta la vida daría.

Marbella, 22 - Junio - 86

ANIVERSARIO **DE GRANADA**

Mensual de la cultura en Granada

JULIO 1986